

PREGONAR CON ENTUSIASMO

(Mc 1,40-49)

En aquel tiempo, ⁴⁰ Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: «Si quieres, puedes limpiarme». ⁴¹ Encolerizado, extendió su mano, le tocó y le dijo: «Quiero; queda limpio». ⁴² Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio. ⁴³ Le despidió al instante prohibiéndole severamente: ⁴⁴ «Mira, no digas nada a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y haz por tu purificación la ofrenda que prescribió Moisés para que les sirva de testimonio». ⁴⁵ Pero él, así que se fue, se puso a pregonar con entusiasmo y a divulgar la noticia, de modo que ya no podía Jesús presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba a las afueras, en lugares solitarios. Y acudían a él de todas partes.

Ya está a las puertas el tiempo cuaresmal. Este domingo, en la Iglesia, celebramos en cierto sentido el fin del tiempo ordinario (regresará casi a finales de mayo), y en el mundo gentil, la conclusión de los carnavales. Llega la cuaresma. Llega el tiempo de reflexión y conversión. Probablemente detrás de este esfuerzo este la fiesta de los carnavales. A diferencia de hoy, en la antigüedad era una fiesta religiosa. Así lo fue entre griegos, romanos y tantos otros pueblos. Era el culto al cuerpo y todo lo que eso significa: música, bailes, vino, desfiles, fiestas callejeras, diversiones comunitarias, desenfreno y excesos, y sobre todo disfraces. Se disfraza(ba) el cuerpo. El tiempo cuaresmal, en cambio, es todo lo contrario, el culto al Espíritu. Pero no nos adelantemos.

Antes de iniciar la cuaresma, la liturgia de hoy nos propone meditar precisamente sobre esta verdad humana: un hombre leproso y su deseo de liberación; un hombre aguijoneado cruelmente en la carne, suplicando liberación; un hombre apestoso corporalmente, implorando redención; y un hombre desahuciado existencialmente, pero de un momento al otro, salta gozosamente entusiasmado, porque se topó con el hombre adecuado.

El leproso

Para nosotros hoy, la lepra es una enfermedad infecciosa y contagiosa. En muchas ciudades existen leprosorios para aislar a estas personas. En el mundo bíblico tiene ésta y otras características. El leproso era(es), en primer lugar, un pecador público, castigado por el Señor (Nm 12,9-10), pues solo el sacerdote determinaba quien era o no leproso (Lv 13,47s); no podía participar de la vida comunitaria y social, y mucho menos del culto. Se le impedía cualquier contacto humano y también divino, cualquier contacto con los hombres (so pena de contaminar a los otros) y cualquier contacto con el culto, o sea, con el Señor.

El milagro de Jesús, como todos sus milagros, es íntegro. Al leproso suplicante, le cura el cuerpo y le cura el alma; le cura la enfermedad y le cura el pecado; le cura la lepra y le cura del prejuicio humano; le cura las llagas físicas y le cura en sus relaciones humanas; le cura su asilamiento fétido y le cura su participación en el culto; le cura las úlceras corporales y le cura en su relación con el Señor. Pero, ¿Cómo es eso? Repasa el texto sagrado. Aquel leproso (pecador) recluso y atrevido que se acercó donde Jesús, una vez curado, recibió la orden – por un lado – de ir donde el sacerdote. El peor castigo para un judío creyente consistía en apartarlo del culto (anatema, se decía). Jesús le abrió de nuevo las puertas del templo. Y – por otro lado – el peor castigo para cualquier ser

humano consiste en bloquear sus relaciones humanas y sociales. Encarcelarlo. Jesús, curándolo al leproso, le devuelve además su dimensión humana y social. Por eso el leproso (pecador) curado (perdonado) corre ahora «a pregonar entusiasmado» y muy animoso, lleno de vida y vitalidad, «divulga esta noticia» (45b). Jesús le reinsertó en la vida comunitaria y le reinsertó en la vida espiritual. ¿Quién o qué hombre puede hoy hacer semejante milagro? Pero este milagro contiene además unos detalles exquisitos.

Tuvo compasión

Jesús mirando al leproso postrado y suplicante delante de él, tuvo «compasión» dice el texto, tuvo *splanchnistheis*. Algunas biblias traducen este participio calificando la actitud del Maestro: «sintiendo compasión», «movido a compasión», «compadecido de él... le tocó»; y hay quien lo traduce terriblemente como «sintiendo lástima» (la lástima, solo para decir una palabra, no es una actitud ni un concepto teológico). Pero hay otras biblias, que no se asuste el lector, como la de Jerusalén que extrañamente coloca: «encolerizado, extendió su mano y le tocó». ¿De dónde sacan «encolerizado»? La explicación es simple: la BJ usa otro manuscrito antiguo donde aparece: *orgistheis*, «encolerizado».

Más allá de los términos, lo que mueve a Jesús no es sino una empatía afectiva profunda. Jesús siente, *com-patire*, el suplicio corporal, la exclusión social y el rechazo religioso que sufre el leproso. Por eso también se encolerizó. Y su cólera, se entiende. En cambio, la indiferencia ante el dolor ajeno, es otra mortificación que sufre el desahuciado. Dios nos libre de ser indiferentes, por ejemplo, ante las injusticias que padecen los otros, ante el rechazo de los indigentes, ante el chisme terrorista que mata personas, ante el descarte de los ancianos y minusválidos, ante la humillación del analfabeto, ante el maltrato infantil y femenino, ante el abuso de los violentos, ante la arrogancia del potente, ante el dolor del pobre, ante la enfermedad y el abandono del menesteroso. Dios nos haga más bien hombres empáticos, empáticos según el corazón del Nazareno.

Le tocó

No es un simple y hermoso gesto. Marcos subraya el gesto singular del Maestro. No solo le cura al leproso por medio de su poderosa palabra, que ya era suficiente, sino que además «le tocó» (41a). El Nazareno realiza un gesto contra la ley antigua, porque por encima de la ley se encuentra la persona. «El afectado por la lepra llevará la ropa rasgada y desgredada la cabeza, se tapaná hasta el bigote e irá gritando: «¡Impuro, impuro!». «Todo el tiempo que le dure la llaga, quedará impuro. Es impuro y vivirá aislado; fuera del campamento tendrá su morada» (Lv 13,45-46). Por lo tanto, quien tocaba un leproso, se convertía en impuro (Nm 5,1-3). Dicho de un modo veloz y teológico: el Nazareno se hizo leproso para sanar al leproso. Como dicen san Pablo, «A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros» (2Cor 5,21). La lepra es el pecado. Este es el misterio de la redención cristiana, que es única e irrepetible. El misterio de los misterios. No solo es una empatía afectiva o emocional, sino una empatía real. Algo que no llega a concebir la psicología, sino la fe profunda y el cristianismo del Nazareno, la encarnación del Hijo. Tocar al otro en su dolor y su sufrimiento, en su pecado y soledad, no como una actitud epidérmica sino real, profunda, sincera, empática y cristiana. Es lo que hace el Nazareno con nosotros. Y nosotros, experimentando en nuestra realidad de hombres leprosos (pecadores) pero curados, sanados, tocados por el Nazareno debemos salir hacia las periferias existenciales donde hay otros leprosos, tirados y abandonados, para anunciarles lo maravilloso de este encuentro. Así es. Solo un verdadero encuentro con el otro, y el Otro, crea una nueva persona. ¿Crees esto?